

Francesc Torralba
Vicenç Villatoro

CON O SIN DIOS

CUARENTA CARTAS CRUZADAS

FRAGMENTA EDITORIAL

ÍNDICE

Título original	AMB DÉU O SENSE QUARANTA CARTES CREUADES
Publicado por	FRAGMENTA EDITORIAL, S. L. L. Plaça del Nord, 4, pral. 1.ª 08024 Barcelona www.fragmenta.es fragmenta@fragmenta.es
Colección	FRAGMENTOS, 14
Traducción del catalán	JULIA ARGEMÍ
Primera edición	SEPTIEMBRE DEL 2012
Producción editorial	IGNASI MORETA
Producción gráfica	INÉS CASTEL-BRANCO
Impresión y encuadernación	ROMANYÀ VALLS, S. A.
© 2012	FRANCESC TORRALBA ROSELLÓ Y VICENÇ VILLATORO LAMOLLA por los textos respectivos
© 2012	JULIA ARGEMÍ MUNAR por la traducción del catalán
© 2012	FRAGMENTA EDITORIAL por esta edición
Depósito legal	B. 23.287-2012
ISBN	978-84-92416-61-5
	PRINTED IN SPAIN
	RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

INVITACIÓN AL DIÁLOGO

Barcelona, 14 de julio del 2011. *Ignasi Moreta* 9

LA PREGUNTA POR EL SENTIDO

CARTA 1

Port de la Selva, 16 de julio del 2011. *Francesc Torralba* 13

CARTA 2

Matadepera, 22 de julio del 2011. *Vicenç Villatoro* 19

CARTA 3

Morgovejo, 24 de julio del 2011. *Francesc Torralba* 27

¿DIOS CREADO O DIOS CREADOR?

CARTA 4

Matadepera, 31 de julio del 2011. *Vicenç Villatoro* 35

CARTA 5

Morgovejo, 2 de agosto del 2011. *Francesc Torralba* 41

LO SAGRADO Y LO PROFANO

CARTA 6

Matadepera, 11 de agosto del 2011. *Vicenç Villatoro* 49

CARTA 7

Morgovejo, 13 de agosto del 2011. *Francesc Torralba* 57

ESFERA RELIGIOSA, ESFERA PÚBLICA

CARTA 8
Matadepera, 14 de agosto del 2011. *Vicenç Villatoro* 65

CARTA 9
Morgovejo, 15 de agosto del 2011. *Francesc Torralba* 73

LA MUERTE Y EL CONSUELO

CARTA 10
Can Mascaró, Manacor, 23 de agosto del 2011. *Vicenç Villatoro* 83

CARTA 11
Morgovejo, 27 de agosto del 2011. *Francesc Torralba* 91

CARTA 12
Barcelona, 1 de septiembre del 2011. *Vicenç Villatoro* 101

UNA ÉTICA SIN DIOS

CARTA 13
Barcelona, 2 de septiembre del 2011. *Francesc Torralba* 109

CARTA 14
Matadepera, 4 de septiembre del 2011. *Vicenç Villatoro* 119

CARTA 15
Barcelona, 6 de septiembre del 2011. *Francesc Torralba* 127

CARTA 16
Barcelona, 20 de septiembre del 2011. *Vicenç Villatoro* 135

CARTA 17
AVE Barcelona-Madrid, 27 de septiembre del 2011. *Francesc Torralba* 145

¿EXISTE LA BELLEZA?

CARTA 18
Matadepera, 9 de octubre del 2011. *Vicenç Villatoro* 155

CARTA 19
AVE Barcelona-Madrid, 13 de octubre del 2011. *Francesc Torralba* 165

EL MISTERIO DEL MAL

CARTA 20
Matadepera, 22 de octubre del 2011. *Vicenç Villatoro* 175

CARTA 21
Barcelona, 26 de octubre del 2011. *Francesc Torralba* 185

CARTA 22
Matadepera, 29 de octubre del 2011. *Vicenç Villatoro* 195

LA TRANSMISIÓN DE VALORES
Y CONVICCIONES

CARTA 23
Martinet, 1 de noviembre del 2011. *Francesc Torralba* 205

CARTA 24
Barcelona, 7 de noviembre del 2011. *Vicenç Villatoro* 215

CARTA 25
AVE Barcelona-Madrid, 9 de noviembre del 2011. *Francesc Torralba* 225

CARTA 26
Matadepera, 18 de noviembre del 2011. *Vicenç Villatoro* 233

CARTA 27
Barcelona, 20 de noviembre del 2011. *Francesc Torralba* 243

¿EXISTEN LOS CRISTIANOS?

CARTA 28
Matadepera, 25 de noviembre del 2011. *Vicenç Villatoro* 253

CARTA 29
Barcelona, 27 de noviembre del 2011. *Francesc Torralba* 263

LA PLAZA PÚBLICA

CARTA 30
Matadepera, 6 de diciembre del 2011. *Vicenç Villatoro* 273

CARTA 31
Martinet, 8 de diciembre del 2011. *Francesc Torralba* 283

CELEBRAR

CARTA 32
Matadepera, 17 de diciembre del 2011. *Vicenç Villatoro* 293

CARTA 33
Barcelona, 19 de diciembre del 2011. *Francesc Torralba* 303

ESPIRITUALIDAD SIN FE

CARTA 34
Matadepera, 25 de diciembre del 2011. *Vicenç Villatoro* 313

CARTA 35
Morgovejo, 27 de diciembre del 2011. *Francesc Torralba* 323

CARTA 36
Matadepera, 28 de diciembre del 2011. *Vicenç Villatoro* 333

CARTA 37
Morgovejo, 31 de diciembre del 2011. *Francesc Torralba* 343

CARTA 38
Bolquera, 2 de enero del 2012. *Vicenç Villatoro* 351

CARTA 39
Barcelona, 5 de enero del 2012. *Francesc Torralba* 361

CARTA 40
Matadepera, 7 de enero del 2012. *Vicenç Villatoro* 371

INVITACIÓN AL DIÁLOGO

Ignasi Moreta

Barcelona, 14 de julio del 2011

APRECIADO FRANCESC, APRECIADO VICENÇ, habéis tenido la buena idea de aceptar la invitación de Fragmenta para redactar un libro a cuatro manos en torno a las cuestiones «últimas y penúltimas», para decirlo con Bonhoeffer. Será un libro de diálogo: un encadenamiento epistolar que permita confrontar puntos de vista diversos acerca de un conjunto de temas de interés común.

Intelectuales reconocidos y respetados ambos, habéis tenido trayectorias distintas y os posicionáis de modo diferente respecto a la religión. Pero no habéis sido convocados en este libro como «representantes» de nada. Ni tú, Francesc, representas a ninguna ortodoxia religiosa, ni tú, Vicenç, a ninguna ortodoxia laica. Lo único que os pido es que escribáis con plena libertad. Que compartáis vuestras vivencias, intuiciones, ideas, creencias y convicciones, y que no dudéis en discutir las de vuestro interlocutor. La palabra que circula, que se comunica, que interpela y es interpelada, puede ser más fecunda que el monólogo.

Todas las etiquetas son falsas —bien lo sabemos. Pero también sabemos que las etiquetas, siempre distorsionadoras, siempre reductoras, son —sin embargo— inevitables.

Sin etiquetas no habría comunicación. Tal vez lo que precisamos es encontrar la etiqueta menos distorsionadora. El mal menor. Permitidme una confidencia en este sentido. En el año 2007 publicamos, en catalán, el delicioso libro de Marie Balmary *El monje y la psicoanalista* (cuya versión castellana publicamos en el 2011). Cuando hice la correspondiente nota de prensa, presenté a la autora como agnóstica, copiando lo que había leído en el dossier de prensa del libro original francés y dejándome llevar por la siempre peligrosa identificación autor-personaje. Pocos días después hablé con Marie Balmary por teléfono. Era la primera vez que hablaba con ella. Una de las primeras cosas que hizo fue regañarme (delicadamente, eso sí): «No me presente como agnóstica, por favor.» Pero a continuación añadió: «¡Pero no me presente tampoco como creyente! No me gustan esas etiquetas. Yo soy una indagadora.» Evidentemente, me lo dijo en francés: «Je suis chercheuse.» *Chercheuse*, esto es, buscadora, indagadora, investigadora. Es la única etiqueta que admite Marie Balmary.

He pensado mucho, desde entonces, en aquella conversación telefónica. Y cada día tengo más claro que nos equivocamos al clasificar a las personas como *creyentes* y *no creyentes*. Que nos equivocamos cuando pensamos que este tipo de etiquetas da una información relevante. Osaría decir que la auténtica frontera no está entre *creyentes* y *no creyentes*, sino entre *indagadores* y *no indagadores*: entre los que buscan y los que no buscan, entre los inquietos y los indiferentes, entre los que están dispuestos a adentrarse en las interioridades del ser y los que se conforman con lo que aparece en la superficie de las cosas. Conozco a personas de las dos categorías *dentro* y *fuera* de las religiones institucionalizadas. Por

eso, el criterio del *dentro* y el *fuera* (*creyentes* y *no creyentes*) me resulta tan poco relevante.

Me gustaría saber, Vicenç y Francesc, si compartís este planteamiento. Si, puestos a autodefiniros, aceptaríais alguna etiqueta que más o menos haga justicia a vuestro posicionamiento ante las cuestiones últimas. ¿Desde dónde pensáis? ¿Desde dónde escribís?

Vivimos en un contexto que muchos definen como *pos-cristiano*. Y, sin embargo, me pregunto si nuestra sociedad no habrá tirado el agua de la bañera con el niño dentro. Seguramente los tres estaríamos de acuerdo en rechazar cualquier restitución de la antigua cristiandad, de aquella asfixiante simbiosis entre sociedad y religión que no dejaba espacio a un pensamiento mínimamente emancipado. Probablemente ninguno de nosotros añora tiempos pretéritos. Y, sin embargo, tal vez con la secularización tan acelerada de las últimas generaciones nos estamos perdiendo algo valioso.

Lluís Duch ha afirmado en varias ocasiones que lo que está en crisis no es la religión, sino solo ciertas respuestas institucionales a las preguntas religiosas. Es decir: las preguntas se mantienen en pie y siguen determinando nuestras búsquedas. El problema es que las respuestas que nos ofrecen las instituciones religiosas están en crisis. Nos encontramos en una crisis de respuestas, no en una crisis de preguntas. Pensando en esta posición de Duch, me vienen a la memoria aquellos libros fabulosos que tenían nuestros padres y abuelos, donde estaban las preguntas y las respuestas. Se llamaban *catecismos*. Ha habido recientemente varios intentos de recuperar aquel género literario, pero su incidencia es mínima. ¿Tal vez porque un género de este tipo es, en última instancia, incompatible con la libertad de investigación?

No me alargo más. A mí solo me toca incitaros al diálogo. El libro es vuestro. Que el editor enmudezca y que hablen los autores.

Vuestro,

IGNASI MORETA, EDITOR

LA PREGUNTA POR EL SENTIDO

CARTA I

Francesc Torralba

Port de la Selva, 16 de julio del 2011

APRECIADO VICENÇ,

la propuesta del buen amigo Ignasi Moreta no me podía llegar en mejor momento. Precisamente ayer, viernes, terminé la actividad académica en la universidad y empiezo, por fin, las vacaciones estivales. Aún ayer estaba examinando a los de repesca y firmando actas.

He esperado este momento desde hace meses. Este mes de junio se ha dilatado mucho o, como mínimo, así lo he percibido yo. Entre exámenes, revisiones, viajes, programaciones, reuniones, jornadas, tribunales y todo tipo de rituales académicos, se me ha hecho, sencillamente, muy largo, como un día sin pan, como se decía antaño. La propuesta del amigo editor me gusta, porque el verano es un buen momento para iniciar un epistolario. El alma divaga y descansa, sale de la jaula para volar, holgazanea de aquí para allá, se deja sorprender por un paisaje, por una música y por el hilo de una conversación.

Y un epistolario es, por definición, el género del alma, porque se escribe en primera persona del singular y se vierten en él los pensamientos y los sentimientos que manan del yo

profundo. El novelista no se puede esconder detrás de sus personajes y poner en su boca sus propios sentimientos, y el ensayista tampoco puede parapetarse detrás de la erudición. Como bien sabes, a veces, para conocer de verdad a un autor, hay que sumergirse en su epistolario, porque allí está la piedra angular para entender su obra y la vida secreta de su alma. He disfrutado mucho leyendo epistolarios de filósofos contemporáneos, porque son verdaderos instrumentos para desenmascarar y desmitificar a los pensadores consagrados. Allí sale casi todo, las grandezas y las debilidades, las miserias de la vida cotidiana que ocultan pudorosamente y la lenta gestación de las grandes obras.

Me apetece recoger esta antorcha, porque escribir a alguien es siempre un ejercicio de vaciamiento, pero también de aproximación, un trabajo de recepción y de formulación que obliga, por una parte, a estar atento a los latidos del alma vecina y a intentar captar por qué dice lo que dice, pero, al mismo tiempo, exige ser capaz de ordenar los propios pensamientos. Todo un reto. Es, por tanto, una ocasión que no interpreto como una carga más, sino como una oportunidad para aprender y para disfrutar más intensamente de este período estival.

Como dice nuestro amigo, la distinción que tan habitualmente se establece entre creyentes y no creyentes es pobre. A mí me parece simple y maniquea. Las creencias no son patrimonio de las personas religiosas. José Ortega y Gasset decía que las creencias son consustanciales a la vida humana. Algunos tienen ideas incluso buenas, pero todos vivimos en las creencias. Somos consumidores de creencias. Lo que nos separa a unos de otros no es el hecho de tener o no creencias, sino *lo* que creemos y *cómo* creemos lo que creemos.

Existe un gran abanico de creencias en las sociedades plurales, creencias de todo tipo, religiosas y no religiosas. Hay personas que creen en Dios, pero hay otras que creen en una pluralidad de dioses. Si hurgamos en las que creen en Dios, hay una enorme diversidad de maneras de comprender la palabra *Dios*. Algunos creen en un Dios personal, otros en un Dios impersonal. Algunos no creen en el Dios de los templos, pero han edificado sus propios dioses profanos.

Hay quien no cree en Dios, pero cree que será posible la paz en el mundo o cree que algún día ya nadie morirá de hambre en este planeta. Algunos creen en el poder de la ciencia para extirpar el sufrimiento, el mal y la muerte de la faz de la tierra. Otros tienen creencias más prosaicas, pero esenciales en la vida: creen en la fidelidad de los amigos, que el trabajo bien hecho da fruto, que sus pequeñas inversiones obtendrán buenos resultados. También están las creencias nacionales y políticas. Hay personas que creen que este pequeño país que habitamos será, algún día, plenamente libre. Otros creen en todo tipo de ideologías políticas.

Las creencias no son certezas. Son actos de la voluntad que no parten de una evidencia. Mueven y conmueven. Las creencias ponen en movimiento. Movidas por las creencias, las personas salen a la calle y luchan. Sin embargo, hay intensidades diferentes, maneras distintas de vivir la creencia. No se puede afirmar, sin caer en una grave imprecisión, que la creencia sea, en sí misma, peligrosa para el bienestar de la sociedad. Dependerá del contenido de la creencia y de la manera como se viva. Las convicciones no religiosas, vividas con pasión, son tan peligrosas como las convicciones religiosas vividas sin sentido común.

Vivir exige apostar, jugársela, explorar territorios inciertos. No podríamos dar ningún paso, ni en el plano personal ni en el profesional, si antes de hacerlo esperáramos tener la evidencia del éxito. Empezar un negocio, vincularse afectivamente a una persona y prometerle fidelidad, traer hijos al mundo, adoptar a un chaval, dejarse explorar y operar por un médico: todo este tipo de actos exigen el acto de creer. No podríamos hacer ningún movimiento si esperásemos tener la evidencia, porque la evidencia es lo que es claro y distinto para todos, lo que nadie puede someter a discusión.

Siento que caminamos a tientas, que intentamos tomar las mejores opciones, pero que, muy a menudo, nos equivocamos. Y nos equivocamos tanto los creyentes como los no creyentes. La verdad es que me parece más acertada la distinción entre indagadores y no indagadores. El indagador es el que busca, el que no se contenta con lo que sabe, con lo que conoce, con los supuestos principios que le enseñaron de pequeño y en los que tenía que creer ciegamente. Eso sería credulidad.

El indagador busca la consistencia racional e intenta ver lo que hay de valioso y de verdad en las opciones de los demás, por distintas y alejadas que estén de las propias. Esta es la naturaleza del verdadero escéptico. Joan Fuster, en su *Diccionario para ociosos*, distingue dos tipos de escépticos: el de ida y el de vuelta. El de ida tiene la esperanza de encontrar, mientras que el de vuelta se ha cansado ya de buscar y regresa con la cabeza baja.

A veces, da la impresión de que las personas que nos definimos como creyentes no seamos indagadores, que hayamos dejado de indagar, de buscar y de explorar. Abrazamos la fe

como un signo de debilidad racional, incluso por causa de una especie de flojedad mental. Mi adhesión a la fe cristiana ha sido, desde el principio, un intenso estímulo para la indagación, para la búsqueda intelectual, un verdadero catalizador del pensamiento. Las respuestas que he encontrado leyendo el Evangelio no solo no han aquietado mi deseo de conocer, sino que lo han ensanchado y hecho más profundo, de tal manera que la fe en Cristo, en mi caso, es un estímulo para indagar.

La indagación es una especie de inquietud que, en su mayor extremo, no es recomendable, porque, sin darte cuenta, puedes convertirte en una especie de devorador de libros. Esto le ocurre a todo aquel que siente el gusanillo por la investigación.

Hoy mismo, por ejemplo, mientras estaba esta mañana en la playa con mi mujer, llevaba conmigo un libraco de quinientas páginas sobre la historia del ateísmo. Mi mujer, que es una gran lectora, sobre todo de ficción (por cierto, te lee con frecuencia), me ha dicho que probablemente no había nadie en un radio de diez kilómetros leyendo este tipo de literatura. Le he contestado que, muy probablemente, podía ampliar el radio sin equivocarse. Me gusta leer a los grandes pensadores ateos. Siempre he partido del axioma de que un creyente, para poder crecer y madurar en su experiencia de fe, debe ser capaz de ponerla a prueba y escuchar a quien le ponga las cosas difíciles. No en vano mi primer libro fue, precisamente, sobre el pensamiento del joven Friedrich Nietzsche. Ya hace más de veinte años. Cómo pasa el tiempo...

Indagar es no parar, es buscar las razones del otro; es no darse por vencido con la adhesión a unas fórmulas doc-

trinales. El indagador es una figura transversal. Hay indagadores que parten del ateísmo, pero se preguntan por la consistencia racional de su opción y exploran a fondo las tradiciones religiosas, y hay indagadores que son agnósticos y que intentan encontrar respuestas a las preguntas últimas por caminos inusitados.

Bien, he empezado sin muchos prolegómenos. La confianza que nos tenemos me lo permite. Como si dijéramos, he ido directamente a la cosa. Tengo muchas cuestiones en el tintero que, si Dios quiere, ya tendremos ocasión de ver y de explorar. No se puede decir todo de golpe, ni todo a la vez. El caso es que, si me tuviera que definir a mí mismo en materia espiritual, si tuviera que confesarte desde dónde escribo, te diría que soy un cristiano escéptico; un cristiano que busca, que trata de entender mejor lo que cree, que se siente fascinado por el mensaje del Evangelio, que ha recibido el don de la fe sin merecerlo y que intenta hacer consciente este don y extraer todas sus consecuencias en la vida.

Te dejo. Los críos reclaman mi atención, pero espero ansioso tu respuesta.

Con afecto,

FRANCESC

CARTA 2

Vicenç Villatoro

Matadepera, 22 de julio del 2011

APRECIADO FRANCESC,

¡qué bien, recibir cartas! También es formidable escribirlas, pero aún es mejor esperarlas y recibirlas. La tuya y la de Ignasi, las esperaba. Habíamos quedado en ello. Me cogen en mal momento, acabando el curso en el Institut Ramon Llull, con mucho trabajo y algunas preocupaciones. Pero me apetece. Por el proyecto. Por el género. Por el interlocutor. Por el tema o los temas previsibles, y sobre todo por los imprevisibles, que acabarán saliendo. También por mis circunstancias personales: supongo que esto irá saliendo también, de manera inevitable, a lo largo de estas cartas.

Así pues, me gusta el género: en las cartas no puedes poner en marcha el contestador automático, no puedes soltar tu monólogo respondiendo a un guion preconcebido. El guion es otro. Lo que te dice el otro. Contestador, pero sin automatismo. No puedes imaginarte una estrategia del discurso, olvidando a su destinatario. No puedes decir: «De esto no hablaré, porque no me cuadra.» Quizás el otro hará que tengas que hablar de ello, aunque no quieras y aunque no te cua-

dre. La carta es diálogo, pero —además— diálogo ordenado, personalizado, encarnado. Recibir cartas y escribirlas.

Me gusta el tema, aunque no sabría decir exactamente cuál es: ¿La religión? ¿La espiritualidad? ¿Dios? ¿La ausencia de Dios? ¿Las creencias? ¿Los escepticismos? Todos y ninguno, supongo. Los que vayan saliendo con relación a él. Pero en definitiva el tema de estas cartas acabará siendo —también lo supongo— el propio tema de la vida: el sentido. El porqué de todo esto. Cómo buscamos individualmente el sentido a lo que nos pasa, a lo que no nos pasa, a lo que hacemos y a lo que renunciamos conscientemente a hacer. A lo que decidimos y a lo que deciden por nosotros. A lo que escogemos o a lo que nos escoge. A aquello a lo que nos obligamos y a lo que nos prohibimos. Individualmente, pero también colectivamente: cómo tenemos que vivir juntos y con qué reglas del juego tenemos que hacerlo cuando otorgamos a la vida sentidos diferentes o diferentes faltas de sentido. Cómo pactar las reglas que a todos nos convengan, aunque descansen sobre fundamentos diversos. Cómo conseguir que todos puedan vivir según sus convicciones, sin imponerlas a los demás y compartiendo una plaza pública que es de todos.

Me gusta el interlocutor, naturalmente. No hemos coincidido muchas veces en la vida, Francesc, pero no somos desconocidos. Al contrario. Nos hemos leído, hemos hablado algunas veces, hemos ido escuchando lo que decía el otro. Intuyo en algunos casos y sé positivamente en otros la existencia de enormes complicidades, en materias diferentes a la que se supone que ocuparán estas cartas. Somos del mismo país y sabemos de qué país somos, por ejemplo. Pero hay otras complicidades. Me temo —y después explicaré por qué digo que lo temo— que somos en el fondo personas muy pareci-

das, con una actitud ante el diálogo muy paralela. Nos gusta escuchar, nos cuesta enfadarnos, buscamos más fácilmente el acuerdo que la confrontación. Diría que somos gente tranquila y pacífica, que tiene opiniones propias, que configura con el conjunto de estas opiniones un sistema más o menos contradictorio, pero personal e intransferible, no demasiado disciplinados y algo imprevisibles. Si vamos a cenar juntos, será siempre una velada agradable. Hablemos de lo que hablemos. Aunque discutamos. Especialmente si discutimos, porque lo haremos de una manera que no dejará heridas.

¿Por qué digo que esto, esta semejanza, me provoca un cierto temor? Porque un riesgo de esta correspondencia, precisamente entre nosotros, son las síntesis prematuras. La vocación del acuerdo, la búsqueda obsesiva de puntos en común donde descansar. Con otros interlocutores esta correspondencia exigiría un moderador, ya me imagino a Ignasi haciendo de árbitro, llamándonos la atención, enseñando la tarjeta amarilla (¡o incluso la roja!) a quien se pasara. Pero quizás nosotros necesitaremos un «desmoderador», un provocador. Alguien que nos invite, antes que a buscar las similitudes, a constatar las diferencias. Antes de plantear la síntesis, recordar la antítesis.

Por ejemplo, la idea de que no se puede dividir el mundo entre creyentes y no creyentes, que planteáis tanto tú como Ignasi en un momento u otro, porque todos creemos en algo, me parece cierta y difícil de discutir. Pero contiene el embrión de una síntesis prematura, a la que deberíamos tardar un poco más en llegar. No hay bandos, no hay diferencia, no hay partido. Todos somos lo mismo. Pues no. Todos creemos, pero no creemos en lo mismo. Si estiráramos demasiado la cuerda de esta primera síntesis pacificadora,

quizás nos encontraríamos —siempre nos ayudan los clásicos— con aquella viñeta de un cómic de Asterix. Un soldado romano está a punto de ser zurrado por Obelix. Y, sofista y dialéctico, con el ingenio afilado por la inminencia de la paliza, el soldado le dice al galo: «No me pegarás, ¿verdad? Al fin y al cabo, somos colegas. Ciertamente, soldados de ejércitos diferentes, enemigos, pero soldados al fin y al cabo.» No, nosotros no somos soldados de ejércitos enemigos. No tenemos que zurrarnos. Pero tan legítimo es poner el acento en lo que nos hace semejantes como en lo que nos hace diferentes. En el hecho de ser soldados o en el ejército donde estemos encuadrados.

Es en este sentido que, para completar lo que tú dices en tu carta sin contradecirlo, quiero poner un pequeño acento en las diferencias. No en las diferencias de ideas, de esto ya tendremos mucho tiempo para hablar, sino de sentimientos. Personalmente, cuando me adentro en el terreno de las religiones, las establecidas y las no establecidas, las oficiales y las oficiosas, las que compras enteras y las que compras a trozos, para construirte una especie de «mecano» con piezas de juegos diferentes, tengo un sentimiento fácil de definir, de una manera metafórica: tengo la sensación de adentrarme en un país extranjero. Un país admirable, que me gusta, del cual admiro los monumentos y los paisajes, la manera como los campos se han labrado con amor y sabiduría a lo largo de los años, incluso los frutos que ha producido. Pero extranjero. No soy de aquí. No me siento de aquí. Tampoco me siento rechazado o perseguido. Me siento como un extranjero interesado y curioso por el país del otro, que incluso puede llegar a quererlo, pero que no es el suyo, que lleva otro pasaporte en el bolsillo.

Hablamos de sentimientos, y como volveremos a hablar de ellos a lo largo de estas cartas, hay un componente de mi mirada que tengo que declarar cuanto antes, porque estoy seguro de que tendrá un peso enorme. Ya lo sabes, y te he agradecido la solidaridad y el pésame: mi mujer, Montse, murió hace exactamente once meses de un cáncer, con cincuenta y dos años, una belleza increíble, una fuerza extraordinaria, dos nietos pequeños, tres hijos magníficos y unas ganas visibles de continuar viviendo. Esto hace que te plantees muchas cosas sobre la muerte y sobre la vida. Sobre la suya y sobre la tuya. No he visto jamás nada más injusto e incomprensible, de primera mano. En los libros, sí. En los de historia y en los de ficción. En mi vida íntima, no. Esto me marca. Un amigo, Sam Abrams, sabiendo que estaba escribiendo textos acerca del duelo —especialmente una novela, *Moon River*— me regaló *Un duelo en observación*, el libro que escribió Clive Staples Lewis tras la muerte de su mujer. Lo empecé entusiasmado: era exactamente lo que habría querido escribir yo, lo que me pasaba a mí..., hasta que llegamos a un punto de bifurcación. Lewis es creyente, es cristiano, cree en Dios. Y cuando esto entró en el libro, ya no pude continuar. Caminaba en una dirección distinta. Continuaba siendo admirable, pero no caminábamos juntos. A esto me refería cuando te decía que hay un territorio —ya encontraremos la manera de definirlo— en el que me siento extranjero. Tenemos otras miradas. Las mismas preguntas. No las mismas respuestas.

En tu carta, tú acabas definiéndote, y me gusta tu definición. Me gusta la idea de indagador, ya me va bien compartirla: en el dibujo de Asterix, quizás en esto estamos en el mismo ejército. Yo no sabría definirme y, en todo caso, acabaría siendo una definición en negativo, por exclusión:

el que no cree. El que no cree en la divinidad, en la trascendencia, en las formas de sentido que han construido admirablemente las religiones, y especialmente las que me son más próximas. ¿Me definiría como un no creyente? En catalán, quizás sí. En catalán, creer es también, un sinónimo de obedecer. *Aquest nen no creu* [‘este niño no cree’] en catalán coloquial significa que no hace caso, que no obedece. Ser un mal creyente, de niño, era ser alguien que no seguía las órdenes, que hacía como si oyera llover. Al menos en el catalán de mi casa: *Va, sigues creient i seu a taula i acaba't els espinaacs* [‘Vamos, sé creyente y siéntate a la mesa y acábate las espinaacas’]. Me temo que tampoco en este sentido soy demasiado creyente. No me gusta creer si no entiendo por qué tengo que creer. (Y estoy hablando de esta acepción popular del verbo en catalán.) Y esto me lleva a ir acabando la carta con una especie de axioma provocador, que supongo que tendremos ocasión de ir discutiendo más adelante: cuanto mayor me hago, y hace años que la vida ha hecho que me sienta mayor, incluso por encima de la edad que tengo, me gustan las convenciones más que las convicciones.

¡Uffff! (¿Eres de los que pone onomatopeyas en las cartas? ¡Los jóvenes lo hacen mucho, en los *mails* y en los SMS! No me desagrada. La comunicación cambia, como la vida y la tecnología.) Me parece que he contestado poco a lo que me decías y que he ido mucho a la mía. Pero lo he hecho porque he leído lo que me escribiste. Porque las cartas no son un juego de preguntas y respuestas, no son un interrogatorio por escrito, sino dos construcciones paralelas cargadas de puentes. Si consigo irme de vacaciones —tengo ganas de irme lejos, lo necesito— quizás no podré contestarte enseguida, cuando me llegue tu próxima carta. Pero no dejaré de pensar en ella.

¡Hasta la próxima, y que tengas un buen verano! (Yo, que soy de natural veraniego, encuentro formidable que esta sea la única estación que nos deseamos explícitamente buena: nadie te dice «que tengas un buen otoño». Sí «que tengas un buen verano». Quizás porque el verano es el tiempo feliz. ¡Así pues, buen verano!)

VICENÇ